

THE SPIRIT ANIMAS

LIBRO 3

LAZOS DE SANGRE



GARTH NIX
Y SEAN WILLIAMS

Primera edición: septiembre de 2015

Edición ejecutiva: Gabriel Brandariz
Traducción y coordinación editorial: Xohana Bastida
Coordinación gráfica: Lara Peces

La publicación de este libro se ha negociado a través
de la agencia literaria Ute Körner, S.L.U., Barcelona.
www.uklitag.com

Todos los derechos reservados.
Publicado por acuerdo con Scholastic Inc.,
557 Broadway, Nueva York, NY 10012, EEUU.
SCHOLASTIC, SPIRIT ANIMALS y los logos asociados
son marcas y/o marcas registradas propiedad de Scholastic Inc.

© Scholastic Inc., 2014
© Ediciones SM, 2015
Impresores, 2
Parque Empresarial Prado del Espino
28660 Boadilla del Monte (Madrid)
www.grupo-sm.com

ATENCIÓN AL CLIENTE
Tel.: 902 121 323 / 912 080 403
e-mail: clientes@grupo-sm.com

Cualquier forma de reproducción, distribución,
comunicación pública o transformación de esta obra
solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares,
salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

*Para todos los amigos
con pelo, plumas o escamas
que han enriquecido mi vida.*

G.N.

*Para Skipper y Jumpy,
las ranas que vinieron de visita;
para Amelia, su dueña,
y para su hermano gemelo, Orlando.*

S.W.



ERDAS





EL GRAN LABERINTO DE BAMBÚ

Los tallos de bambú, mucho más altos que Meilin, se agitaban con el viento, tapando el sol y arrojando profundas sombras sobre los dos caminos que se cruzaban algo más allá. Meilin se detuvo y observó con el ceño fruncido aquel cruce –uno más– en el Gran Laberinto de Bambú. Debía tomar una decisión –una más–. Y ni siquiera se atrevía a confesarse a sí misma que en algún lugar, a kilómetros de allí, se había extraviado irremediabilmente.

Cuando se le ocurrió volver a Zhong atravesando aquel laberinto, le había parecido una idea excelente. Sus antepasados habían plantado aquel bosque de bambú para defender las fronteras de su país en las regiones a las que no llegaba la Muralla; solo los mensajeros imperiales y los oficiales del ejército conocían las rutas que atravesaban aquella extensa selva de tallos, tan alta como cuatro hombres. El general Teng, el padre de Meilin, era uno de los iniciados en los secretos del

Gran Laberinto, y hacía ya años que le había revelado a su hija cómo penetrar en el país por la entrada del norte.

–Hay que girar a la izquierda en los diez primeros cruces –susurró Meilin para sí una vez más–. Después, otros diez cruces a la derecha; luego, izquierda, derecha, izquierda, izquierda, izquierda, izquierda, derecha, derecha, derecha.

Sin embargo, tras seguir escrupulosamente aquellas instrucciones, no había llegado al otro lado. Para empeorar las cosas, no se había preparado para pasar allí más que la jornada que, en teoría, hacía falta para atravesar el laberinto. Solo llevaba una cantimplora, que había rellenado en un arroyo antes de entrar, y dos tortitas de arroz: suficiente para un día de marcha.

Y ahora amanecía su tercer día en la selva de bambú. La cantimplora estaba vacía, y de las tortitas solo quedaba un recuerdo lejano. Después del accidentado trayecto desde Eura, en el que había viajado como polizona ocultándose en cajas polvorientas y en bodegas infestadas de ratas, aquello era el remate. Meilin no solo sentía hambre y sed: lo peor de todo era la frustración. Lo único que la mantenía en pie era la remota esperanza de que su padre siguiera vivo, y de que ella lograra resistir lo suficiente para encontrarlo.

Rabiosa, golpeó con su vara de combate un tallo de bambú el doble de grueso que su brazo. El tallo se partió y cayó entre sus compañeros, tan numerosos que lo ocultaron al instante. Aquella acción no había cambiado nada: alrededor de Meilin solo había una barrera alta e impenetrable de bambú, un camino estrecho, el sol brillando en lo alto.

Por primera vez, Meilin pensó que tal vez muriera en aquel lugar. La hija del general Teng, muerta por la sed en el Gran laberinto de Bambú... La idea era ridícula, insoportable.

Un cosquilleo en el antebrazo la distrajo por un instante. Se remangó y observó su tatuaje, una osa panda de aspecto

somnoliento. No había liberado a Jhi, su espíritu animal, desde su entrada en el laberinto, porque le daba miedo que la retrasara. Pero en aquel momento, la lentitud de Jhi era lo que menos preocupaba a Meilin.

–¡De acuerdo, sal! –exclamó–. A ver si haces algo útil por una vez. ¡A lo mejor puedes abrirte paso por el bambú a bocados!

Hubo un resplandor súbito, y algo blanco y negro relampagueó junto a Meilin. De pronto, la panda apoyó todo su peso contra el costado de la chica, que se tambaleó y acabó por chocar contra los tallos más cercanos.

–¡Eh, cuidado! –se quejó.

De pronto, algo le rozó la cara. ¿Sería un insecto? Lo apartó de un manotazo, pero de inmediato notó un nuevo roce en la mano. Algo leve caía desde arriba. Meilin levantó la vista y vio una nube de florecillas blancas que se desprendían de la parte superior de los tallos como una nevada olorosa y tibia.

Flores de bambú.

Meilin jamás había visto florecer el bambú. Sabía que aquella planta tardaba cincuenta, sesenta o incluso cien años en florecer y que, después de hacerlo, se marchitaba. Aguzó la vista: en la parte superior de todos los tallos había florecillas blancas. De todos.

–El Laberinto se está muriendo –musitó, petrificada.

En una o dos semanas, todos los tallos empezarían a secarse, a agrietarse, a caer. Y antes de que eso ocurriera, sus fragantes flores alfombrarían el suelo del bosque, atrayendo a miles de ratas y otras alimañas que las comerían hasta hartarse.

Si el Gran Laberinto desaparecía, Zhong quedaría aún más desprotegido. Los conquistadores ya habían logrado penetrar en el país a través de la Gran Muralla; si aquella zona quedaba al descubierto, ya nada podría detenerlos. ¿Estaría

el Devorador detrás de aquello? ¿Habría provocado el florecimiento de alguna manera?

Jhi se sentó con ademán pesado y alzó una de sus grandes zarpas hacia Meilin como si quisiera pedirle que se acomodara a su lado.

–¡No puedo sentarme! –estalló la chica apartando con furia la pata de la osa–. ¡Tengo que encontrar la salida!

Meilin avanzó unos pasos por el camino de la izquierda. Luego se detuvo, vaciló, se dio la vuelta y emprendió la marcha por el otro sendero. Jhi soltó un resoplido parecido a una risita.

–¿Te parece gracioso? –bufó Meilin–. ¡Esto es serio! Me he perdido. No tengo agua ni comida. ¡Puede que muera aquí!

Jhi palmeó el suelo a su lado. Aquel gesto tan humano le recordó a Meilin a su padre cuando le indicaba que se sentara a su lado para instruirla sobre uno u otro tema. Meilin habría dado cualquier cosa por tenerlo ahora junto a ella...

–No tengo tiempo para descansar –jadeó–. ¡Vamos!

En realidad, ya no importaba qué sendero tomara; al fin y al cabo, estaba extraviada sin remedio. Ahora solo importaba la velocidad. Tenía que salir del laberinto lo más rápido posible, antes de morir de hambre y sed.

Echó a correr a buen paso, convencida de que esta vez lo conseguiría: iba a encontrar una salida entre los espesos maticos de bambú, y esa salida la conduciría por fin a las amplias llanuras de Zhong.

A su espalda, Jhi hizo otro ruidito que Meilin prefirió ignorar. Una vez más, su espíritu animal demostraba su inutilidad. ¡Si le hubiera tocado Essix en suerte...! El halcón se habría elevado sobre el bambú y le habría mostrado la manera de salir de allí.

–Una panda que ni siquiera me ayuda en mitad de un bosque de bambú... –masculló.

Frente a ella, a unos cincuenta metros, el camino se dividía en una nueva intersección. ¿Por dónde seguir? ¿De frente, a la derecha, a la izquierda...? Todos los caminos presentaban el mismo aspecto: llanos y rectos, desaparecían en la lejanía entre los altos tallos de bambú.

Meilin se detuvo y miró atrás. A su espalda, Jhi trotaba con la lenta seguridad de costumbre. Mientras Meilin la miraba, la panda estiró una pata, agarró un bambú y lo rompió sin esfuerzo aparente. La parte superior cayó en el camino justo detrás de Meilin, salpicándola una vez más de flores. Jhi avanzó unos pasos y empezó a comer tranquilamente, metiéndose en las fauces grandes puñados de hojas, flores y fragmentos de tallo.

Al verla, Meilin volvió a sentir las agudas punzadas del hambre. Si le hubiera quedado saliva, la boca se le habría hecho agua. En su segundo día dentro del laberinto había tratado de comer bambú, y solo había logrado que le dieran calambres en el estómago –algo que, por alguna razón, le había dado aún más hambre–. Los tallos estaban demasiado secos, sin brotes tiernos que fueran fáciles de digerir.

–Tiene que haber alguna manera de salir de aquí –se dijo una vez más, examinando los caminos con gesto nervioso.

Eran exactamente iguales... La vez anterior había girado a la derecha, así que decidió torcer ahora a la izquierda. En el cruce siguiente iría a la derecha, luego a la izquierda, y así sucesivamente. Sí, tal vez lograra salir de ese modo... o, al menos, llegar a alguna parte.

–Vamos –le indicó a Jhi.

Esta vez, Meilin no se echó a correr; no le quedaba energía suficiente. Pero caminó lo más rápido que pudo, tratando de

ignorar las punzadas del hambre, la sequedad de su garganta y la opresión de aquel calor húmedo.

–Saldré de aquí cueste lo que cueste. Llegaré a Zhong y combatiré contra el Devorador y sus secuaces, aunque me vaya la vida en ello –masculló con los dientes apretados.

Pero, a pesar de sus palabras, en su cabeza sonaba una vocecita que repetía una cantinela incesante:

Voy a morir. Me he perdido y voy a morir.



2

UN MENSAJE LLEGADO DEL MAR

Conor se acurrucó en la proa de *El Orgullo de Tellun*, el navío más veloz de la flota de los capas verdes. Una nueva oleada de espuma lo empapaba cada pocos minutos; pero, al menos, aquel lugar le permitía estar a solas con sus oscuros pensamientos. Pasar frío le parecía una penitencia menor, comparada con la enormidad de lo que había hecho. Entregarles el Jabalí de Hierro de Rumfuss a sus enemigos...

En realidad, no había tenido elección; era la única manera de salvar a su familia. Pero eso no disipaba la vergüenza y la mala conciencia que lo atenazaban.

Una vez más, Conor se preguntó si los acontecimientos de los meses anteriores se habrían debido a una especie de error cósmico. ¿Acaso no estaba destinado a ser un simple pastor? ¿Cómo había podido terminar en las filas de los capas verdes, y con nada menos que una de las Grandes Bestias como espíritu animal? No: él no tenía pasta de héroe. Y Erdas nece-

sitaba héroes de verdad, capaces de reunir los talismanes de las Grandes Bestias y de derrotar al Devorador.

Algo afilado rozó suavemente la nuca de Conor. El chico conocía bien aquel roce: eran los dientes de Briggan. Su lobo había venido a sacarlo de su escondrijo agarrándolo del pescuezo como si fuera un cachorro.

–Ya voy, ya voy... –suspiró.

El lobo lo soltó y luego retrocedió por el puente sin dejar de mirarlo.

–¿Ocurre algo?

Briggan se dio la vuelta y se acercó a la escalera que bajaba desde el castillo de proa hasta la cubierta principal, repique-teando con las garras en la madera. Al llegar al primer pedazo, se detuvo y volvió la cabeza para fijar en Conor sus penetrantes ojos azules.

El chico le devolvió la mirada y luego oteó más allá. Junto al palo mayor había tres figuras de pie, dispuestas en un semicírculo en el que se abrían dos huecos. Era evidente quiénes faltaban; al menos, para Conor lo era. Uno de los ausentes era él mismo, y supuso que Briggan lo había ido a buscar para que ocupara su puesto. La otra era Meilin, por supuesto; Meilin, que jamás habría regresado sola a Zhong si Conor no se hubiera rendido ante el Señor de Trunswick, arruinándolo todo...

Observó las tres figuras por un momento. Tarik ya era un héroe de verdad: un experto guerrero de los capas verdes, guía y maestro de Conor y sus compañeros. A su lado, con su eterna sonrisa irónica, se erguía Rollan, el ingenioso y deslenguado golfillo de ciudad. A diferencia de Abeke, quien estaba absorta en las palabras de su maestro, Rollan no parecía prestar demasiada atención a lo que decía Tarik. Abeke era una chica seria y concienzuda que, después de que Conor fallara a sus compañeros, se había mostrado mucho más ama-